
EXCURSION AL TUNGURAHUI.

EXCURSION AL TUNGURAHUA.

Artículo dedicado á mis estimables compañeros de viaje,
Sres. D. Salvador Ordoñez, Dr. D. José I. Delgado, Dr. D. Teodoro
Donoso, D. Nicolás Olano, D. Enrique Chiriboga, D. José M., D. Leonardo y D.
Ignacio Salvador, D. José Félix Valdivieso, D. Enrique Fierro, D. Si-
món Alvarado, D. Julio Urrutia y D. Manuel Sarasti.

A las seis de la mañana, arrellanados en la diligencia, salimos de Quito, la sultana que perezosamente se aduerme acariciada por las auras del Pichincha. Atravesamos el pintoresco valle de Turubamba, cubierto de una alfombra de esmeralda, matizada con las flores del trébol blanco, en graciosos cambiantes con las grandes manchas de oro de la flor de *nachac*. Allí pacen innumerables vacadas, y se ven hermosas casas de campo.

Llegamos á la altura de Santa Rosa, desde donde se mira el encanecido y terrible Cotopaxi, que parece llevar escrito en su frente el horóscopo fatal de Latacunga, á la cual, Dios no lo quiera, amenaza con la suerte de Pompeya y de Herculano.

Por otros términos distinguíamos, bañadas por los rayos del sol de la mañana, las altivas y nevadas cumbres de los montes Corazón, Sincholahuá, Antizana, Iliniza y Rumiñahui que, al despertarse, parecía que, acompañados por los rumores de toda la naturaleza, elevában á Dios un himno grandioso y sublime de alabanza y bendición.

Recorrimos luego el valle de Machachi, hermoso cuadro de verdura incrustado en un marco de nevados, tan risueño y tan bello como el de Turubamba, en donde las variantse y sombras

del verde claro de las dehesas, contrasta de un modo suave y agradable con el verde amarillento de las cementeras y el negro de las tierras recientemente labradas.

Al fondo del valle aparecían las aldeas de Machachi, Aloa y Aloasí, en medio de las cuales descollában, y se distinguían á la distancia las iglesias con sus blancos campanarios. Consuela la vista de esos lugares desde donde se eleva al cielo la oración, confundida entre las nubes del oloroso incienso que se ofrenda á Dios en los altares.

Ascendemos al nudo de Tiopullo, que por unas vertientes envía su tributo de aguas al pacífico, y por otras al atlántico, y descendemos suavemente á las llanuras de Callo, desoladas pocos años há por una erupción del Cotopaxi, y que aún conservan frescas las señales del estrago.

¡A qué tristes reflexiones convida la vista de estos campos cubiertos de materias volcánicas y grandes piedras calcinadas! Aquí el espíritu del viajero se eleva á la meditación de lo grande y lo terrible.

Avanzamos á la ciudad de Latacunga, en donde pernoctamos.

A la mañana siguiente continuamos nuestro viaje. Llegamos á la pintoresca y risueña ciudad de Ambato, cuyos huertos y jardines que bordean las riveras de su río, son pedazos de encantados paraísos.

Aquí dejamos la diligencia, y después de unas dos horas de descanso proseguimos nuestra marcha, á caballo, hasta el valle de Patate. Pernoctamos en San Javier, hacienda de la Sra. Mercedes Valdivieso v. de Alvarez, en donde

fuimos tratados por el Sr. D. José A. Vizcaino y su Sra. con cordial deferencia, exquisita hospitalidad, y servidos de una abundante y succulenta comida.

A la madrugada seguimos á Puñupí, hacienda del Sr. D. Vicente Alvarez. Allí pasamos un día y una noche, atendidos y obsequiados con esplendidez y profusión por el cumplido caballero D. Luis Felipe Gangotena, quien por sí, y á nombre de su cuñado el Sr. Alvarez hizo los honores de la casa con exquisita amabilidad y cortesanía. Consignamos aquí la expresión de nuestra gratitud hácia las bondadosas personas que en dichas haciendas nos recibieron y obsequiaron.

Desde Puñapí, pues, debíamos empezar á llenar el objeto de nuestra excursión, que era el de ver los trastornos que había causado el Tungurahua en su reciente erupción.

Las corrientes de lava arrojadas por el volcán habían formado un dique poco antes del escarpado contrafuerte de Chonta, que había detenido el curso de los ríos Cusúa y Patate, de cuya confluencia se forma el Pastaza. El retroceso de las aguas formó dos hermosos lagos. Seguíamos á orillas del lago Patate, que desde Puñapí se iba ensanchando gradualmente hasta el dique, y continuamos á Chonta, á caballo, hasta donde nos fué posible.

Dejamos luego nuestras caballerías, y caminabamos á pié, y á las veces arrastrándonos bajo espesos é intrincados matorrales cubiertos de ceniza volcánica, la que, cayendo sobre nosotros, cubría nuestros rostros bañados de sudor, con una máscara pastosa que nos daba un aspecto miedoso para los niños, risible para no-

sotros.

Llegamos á la *nariz* de Chonta, é hicimos la difícil descensión del peñasco hasta llegar al lecho de lava. Nos hallábamnos al pié del Tungurahua, en la banda occidental del río Pastaza.

El álveo profundo de este río, en considerable extensión, había sido relleno de materias volcánicas, de suerte que, después del desborde de los lagos, corría el Pastaza á flor de tierra.

Al romper las aguas el dique, el Pastaza cambió de álveo en solo la parte contigua al contrafuerte de Chonta, dejando una playa considerable.

Sinembargo permanecía el lago de Patate, aun cuando había bajado algunos metros, por consecuencia del desagüe que tuvo lugar el día anterior á nuestra llegada. El lago, pues, era la parte bella y á la vez apacible del cuadro que teníamos á la vista.

Pero en lo demás, ¡qué espectáculo tan grandioso, tan sublime! Oíamos detonaciones incesantes del gigante enfurecido é instantaneamente vomitaba gruesas columnas de humo, que elevándose en negros torbellinos, tomaban formas caprichosas y fantásticas. Pero luego, á considerable altura, se convertían en un árbol inmenso, cuya copa se extendía más y más hasta cubrir con su sombra la base misma del Tungurahua.

Las anchas playas del Pastaza se hallaban cubiertas de lava en estado incandescente en las capas interiores, y aún no enfriada en la capa exterior, puesto que sentíamos con intensidad el calor en los piés y en la atmósfera ardiente y sulfurosa que respirábamnos.

No se podía aplicar la mano á la boca de las fumarolas, ni conservar una piedra de allí tomada, porque casi tostaba la piel. Se introducía una vara en la lava, y salía, sino encendida, carbonizada. Saltábamos de uno á otro lugar, porque temíamos se quemaran nuestras botas.

En el espacio aproximado de unos cinco kilómetros, á lo que alcanzaba la vista en el álveo del Pastaza, había millares de fumarolas cuyos gaces formaban una neblina, en medio de la cual nos hallábamos, y que daban al panorama un aspecto inverosímil, que habría hecho la desesperación de un pintor y exitado vivamente la imaginación de un poeta.

Puede decirse que en donde había un grupo de piedras, ó una sola de ellas, allí había una fumarola. Unas eran ténues y retozonas, otras despedían su vapor en graciosos surtidores. Tomaban las de aquí la forma de un arbusto; se elevaban aquellas semejjando esbeltas palmeras; y, en fin, las de mas allá, juntandose, formaban arcos y elipses atrevidas

Cuando el aire estaba en calma, se gozaba de una vista deliciosa. Por los espacios que había entre las fumarolas se distinguía el río que llevaba, en rápida corriente, sus aguas ennegrecidas. Pero venía una ráfaga de viento, y el vapor de todas las fumarolas, arremolinandose en giros caprichosos, ya rasando el suelo, ya elevándose gradualmente, formaba una niebla que ocultaba el río, y luego se elevaba y formaba un velo que cubría la desnudez de las faldas del Tungurahua, causada por las corrientes de lava; ó parece mas bien que este, como avergonzado y arrepentido de los estragos que había causado, quería recatarse á nuestra vis-

ta, y pedía que la niebla le cubriese.

Nos hallábamos poseídos de una emoción, cuando venía otra más intensa quizá. El viento soplaba á veces con ímpetu furibundo, y como colaborando en una obra de destrucción batía las capas superpuestas de la roca opuesta á la de Chonta, en donde nos hallábamos; minaba la capa delesnable, hacía elevar densas columnas de polvo que, interpoladas y confundidas con los vapores de las fumarolas, oscurecían por completo la atmósfera, é instantaneamente veíamos rodar con horrible estrépito piedras colosales que de salto en salto descendían al río y formaban remolinos.

Que emociones tan vivas, intensas y variadas sentíamos á cada instante. Ibamos á presenciar una lucha horrible, encarnizada, á muerte entre el fuego y el agua. El fuego por evaporar á ésta; el agua por extinguir aquél.

Al principio del dique, y en los islotes formados por la lava en el álveo del río aparecían instantaneamente, precedidos de fuertes detonaciones, pequeños lagos hirvientes que, en saltos acompañados de estallidos, como de fuego granado de fusilería, elevában á unos veiente metros, por lo menos, una materia fangosa que despedía piedras y luego esa especie de betun, lanzando llamas cárdenas, se resolvía en un vapor denso que envolvía y ocultaba esas bocas. En pequeño, pues, esos lagos hirvientes nos daban idea de la terrible elaboración que tenía lugar allá en las entrañas del Tungurahua.

Si el Dante hubiera visto ardiendo esos lagos sulfurosos, ¡que coloridos tan terribles y aterradores habría dado á los cuadros de su infierno!

La contemplación de esos fenómenos nos entusiasmaba y llenaba el alma de una emoción indefinible de admiración, de placer y de terror. Era eso "horriblemente bello."

Hay espectáculos en la naturaleza tan bellos, tan grandiosos y terribles, que la pluma y el pincel son impotentes para hacerlos conocer, porque hay cosas que pueden sentirse, pero no explicarse. Allí el espíritu se empequeñece y casi se anonada; mas, por una súbita reacción se levanta y se eleva hasta Dios autor de tantas maravillas.

Desde Puñapí, á donde ya habíamos regresado, oíamos por la noche detonaciones formidables y el cráter del volcán aparecía con un gigantesco airón de fuego, que en su furia parecía lanzar un reto al mismo cielo, y pregonaba las pompas siniestras, las terribles magnificencias de esta naturaleza ecuatorial.

Al contemplar estas grandezas el pensamiento se trasladaba al Sinaí, á los momentos en que la majestad de Dios anunciada por el fragor de la tempestad, precedida de truenos y relámpagos, pisando en las alas de los querubines, y llevado su carro por el huracán, decía: "¡Yo soy Jehová,!" y entregaba las tablas del decálogo al legislador del pueblo de Israel!

¡Qué hermosura! Veíamos que el volcán lanzaba enormes piedras encendidas que descendían impetuosamente de uno en otro rebote.

Después de un rato salían del cráter torrentes de lava, que iluminaban los declivos del monte. De improviso desaparecía la ígnea corriente, quizá se ocultaba á nuestra vista ínter recorría alguna quiebra profunda, y de nuevo aparecía de un modo lento y

perezoso, semejando los tortuosos movimientos de una gigantesca serpiente infernal.

Pero la tristeza se abría paso por entre los demas sentimientos de que estábamos dominados al contemplar los campos de Juibis, en donde dos haciendas habian sido sepultadas por la lava. Apenas sobresalian los techos de las casas, á los que dirijiamos la vista de un modo irresistible, con ese sentimiento de compasión por las desgracias de nuestros semejantes. Es que en esas desolaciones lo extraordinario atrae con su silencio y sus particulares tristezas, porque en toda desgracia hay algo que toca las fibras mas delicadas de nuestro corazón, con un acento comprensible, pero casi inexplicable.

¡Cuantas esperanzas muertas que quizá han llevado la ruina á familias laboriosas y honradas! Parecía que allí la desolación y el duelo se habían dado cita para llorar sobre las ruinas causadas por los furioses del Tungurahua.

Quito, Febrero 8 de 1886.

RAFAEL M. DE GUZMAN.

Fundición de tipos de Manuel Rivadencira.